

LUIS LANDERO

PREGÓN DE LA

XXXVI FERIA

DE OTOÑO - LIBRO VIEJO Y ANTIGUO



MADRID, OCTUBRE 2026

Me habéis hecho el honor de ser pregonero de la Feria de Otoño del Libro Viejo y Antiguo, cuando en realidad yo debería serlo de la Feria de los Libros Rotos y Desbaratados.

Y es que yo les doy muy mala vida a los libros. No llegan a viejos, y aún menos a antiguos, sino que mueren o se ven maltrechos en la flor de la edad. Los subrayo y los anoto con lo que tengo a mano, y si no tengo con que escribir les hago una honda muesca con la uña, los desencuaderno, los esguardamillo, aprovecho las hojas de cortesía para escribir mis cosas, y a veces, como he sido profesor durante muchos años, cuando quería leerles a mis alumnos alguna página de un libro, por no cargar con el libro, arrancaba la página sin el menor escrúpulo.

Los libros que usaba en clase, que eran muchos, se me iban amontonando en los asientos traseros del coche, de modo que terminaban formando una pequeña y selecta biblioteca ambulante. Un frenazo brusco, y se oía detrás un derrumbe de libros. Un viaje en familia y había que hacerse sitio a empellones entre los libros.

Con muchos de ellos he mantenido y sigo manteniendo una larga y apasionada relación conyugal, y si los libros tuvieran poder para hacerlo, hace tiempo que me habrían denunciado por maltrato, o hubieran huido de casa, con tal de caer en mejores manos que en las mías.

Y lo mismo que nos ocurría de niños con los lápices y las gomas de borrar, no solo me gustaba oler los libros sino que a veces arrancaba trocitos de sus páginas y los paladeaba y me los comía.

Por cierto, eso también lo hacía Antonio Machado, que no solo mordisqueaba las hojas de los libros sino que una tarde en el café Gijón sacó de las honduras de su chaqueta un papel para leer un

poema y Juan Ramón (que es el que cuenta todo esto) observó atónito que donde tenían que estar los versos había únicamente un agujero, porque el poeta se había zampado entero su poema. Por eso Juan Ramón no quería prestarle libros a Machado: “No se los presto porque me los roe”, decía.

En mis tiempos jóvenes de penuria, yo entraba en las librerías no a comprar libros sino a hojearlos, a robar frases sueltas, a dejarme hechizar por las maravillas que prometían en las solapas, y desde luego a olerlos con voluptuosidad, la fragancia balsámica de los lomos fuertemente encolados de Austral (que además venían muy bien para el catarro), las páginas polvorientas y austeras de Gredos, la textura fina y barata de las Ediciones Ibéricas, la recia de los Libros Clásicos de Bruguera, el suave granulado, tan entretenido de acariciar, de Losada, y eso por no hablar de las novelitas policíacas y del Oeste que leía en mi adolescencia, de aquellas que se alquilaban en los quioscos por dos reales, y que a mí me olían a pólvora y a sudor de caballo.

Yo no tuve libros en mi infancia porque en mi familia eran todos campesinos, sin excepción, y el que más sabía, sabía leer y escribir a trompicones, y otros eran analfabetos.

El único libro que había en todo el ámbito familiar, estaba en nuestra casa, en el pueblo, y era un libro que yo creo que era más antiguo que viejo, y que supongo que estaría ya allí cuando mis padres compraron la casa.

El libro se titulaba El calvario de una obrera o Los mártires del amor, de León Montenegro, publicado en tres tomos por la editorial Manuel Albero, en 1918.

De esos tres tomos nosotros solo teníamos uno, y era un libro bonito, con ilustraciones en color guarnecidas con papel de seda. Fuera de eso, mis únicos libros fueron las historias orales de mis mayores, que, escritos en la memoria, son los libros más viejos y antiguos que existen.

Mi primer libro en propiedad fueron Las mil mejores poesías de la lengua castellana.

Debía de tener quince años y ya era poeta.

Cuando vi que tenía casi 800 páginas, todas llenas de poemas maravillosos, pensé que con aquel libro ya era bastante para toda la vida, que ya no necesitaba más libros, como el verdadero enamorado que no necesita más mujer que la amada.

Luego, muy poco a poco, fueron llegando otros.

Dejando aparte las pequeñas cosas que atesoramos de niños (una pluma de pájaro, un guijarrito transparente, un imán), algunos no hemos tenido nunca una conciencia de propiedad tan intensa y celosa como cuando empezamos a reunir nuestros primeros libros, nuestra biblioteca compuesta por ocho o diez volúmenes alineados cuidadosamente al desgaire para que hicieran más bulto en la estantería de nuestro mueble cama, lo cual le daba un toque de carácter y distinción a nuestro cuarto, y a nosotros un lugar en el mundo.

Un día, por cierto, me compré un Quijote que estaba expuesto en el pequeño escaparate de una mercería.

Por qué en una mercería, no lo sé. Yo pasaba por allí a menudo y me detenía a verlo: era un libro grande, con el encanto añadido de ser antiguo, aunque de imitación, y lucía muy bien entre botones, madejas de lana, encajes y puntillas y bobinas de hilo. Estaba abierto y tenía unas ilustraciones preciosas.

Costaba 400 pesetas. Cuando conseguí ahorrarlas, me lo compré, y pocas veces he sido tan feliz como con ese libro, pero no por el texto, sino por Gustavo Doré. Él era el verdadero autor del libro, y Cervantes era solo el ilustrador.

Libros, libros, libros. Mi infancia fueron carreras incansables por los campos de mi pueblo; mi adolescencia, ya en Madrid, se fue casi toda en suspiros de amor; y el resto es solo literatura.

Los libros.

Con los libros, uno ha endulzado su melancolía, aliviado sus pesares, burlado el tedio, coloreado el gris de la rutina, limpiado la mirada para renovar la capacidad de asombro con que nos ganamos la lucidez nuestra de cada día, rejuvenecido el corazón para evitar que haga presa en nosotros el cansancio moral, que es acaso el mayor mal

de nuestro tiempo, y emocionado ante un mundo que siempre, a cada instante, está por descubrir.

Y es que, como decía Brodsky, podemos compartir una manzana, una copa, un taxi, una creencia o una amante, pero no un poema o una sinfonía, porque la obra de arte obliga a un diálogo íntimo y personal con uno mismo, y así cada mensaje, cada lectura, resulta intransferible.

Lo cual no es poco en esta época en que tantos encantadores y malandrines conspiran para uniformar la voz y el pensamiento.

Los libros.

Amados hasta la perdición, aborrecidos con saña nunca vista, expuestos siempre al préstamo, a la mudanza, al exilio, al plagio, a la censura, al fuego, y a lo que sin duda es su peor destino: el olvido.

Pasan los días, los años, y ninguna mano viene a solicitarlo, ninguna mirada a iluminarlo, ninguna mano a subrayarlo, ningún glotón a roerlo, ninguna voz a despertar la música que duerme en sus palabras.

Pero ahora en otoño salen al encuentro de los lectores, forman en las aceras alegres tenderetes para que los curiosos los hojeen, los toquen, los huelan, lean unas frases al azar, y así acaso encuentren un nuevo amo a quien servir y seducir.

Con la lectura ejercemos de cigarras, cantando alegremente, sin temor al futuro, y casi sin querer hacemos los buenos oficios de la hormiga, acumulando un poco de sabiduría para los días aciagos del invierno.

Queridos amigos, feliz Feria de Otoño.

SE HAN IMPRESO DE ESTE
PREGÓN DE LA XXXVI
FERIA DE OTOÑO - LIBRO VIEJO Y ANTIGUO
TRESCIENTOS EJEMPLARES

EJEMPLAR NÚMERO

